

Una reflexión sobre los “problemas” de aprendizaje desde una perspectiva basada en el neuroaprendizaje

“Grito «¡todo!», y el eco dice «¡nada!».
Grito «¡nada!», y el eco dice «¡todo!».
Ahora sé que la nada lo era todo,
y todo era ceniza de la nada.”
Vida

HIERRO, S.F.

Jennifer Andrea Mendoza Cortés

Docente en Formación. Licenciatura en educación Especial
Universidad Pedagógica Nacional
jamendozac@upn.edu.co

La educación desde su origen y con el paso del tiempo ha sido vista y considerada como moldeadora, transgresora, osada, transmisora, revolucionaria, replicadora, fábrica de mentes, gestora de pensamientos o supresora de los mismos; en fin, la educación ha sido una voz que, como todas, tiene un eco. Sin embargo, hay que reconocer que por muchos años dicho eco ha tenido como eje central la palabra “problema”, una palabra de simples tres sílabas pero que se escucha aún fuerte y latente en frases como “el niño tiene problemas para comprender”, “Es un problema enseñarle a leer, no entiende las palabras”, “No presta atención, es todo un problema”; la cuestión es

que como estudiantes y docentes hemos aceptado dicho eco, que ha hecho daño a nuestras emociones; en nuestro cerebro lo hemos incorporado a nuestras prácticas diarias al punto en que se nos hace normal, crecimos- crecemos creyéndolo y estamos programados a ser y a ver “el problema”.

Pero es justo desde la conciencia que debemos ser transformadores de estas realidades educativas, en parte porque estas transformaciones deben existir en la medida en que se pueden tomar herramientas o recursos de otras disciplinas, como la psicología y la neurociencia, que pueden ser vistas en sus múltiples aplicaciones al campo. En un trabajo conjunto con la educación se destaca cómo la función cerebral, la identidad, la percepción de sí, las emociones y la pedagogía son relevantes durante la adquisición de conocimiento, durante el aprendizaje. Una afirmación de esto encontramos que cuando se habla de neuroaprendizaje, no se puede dejar de hablar de las emociones; Pherez et ál. en su artículo sobre este tema citando a Goleman afirman que:

el intelecto no puede operar de manera óptima sin inteligencia emocional. Generalmente, la complementariedad del sistema límbico y la neocorteza, de la amígdala y los lóbulos prefrontales, significa que cada uno de ellos es un socio pleno de la vida mental. Cuando estos socios actúan positivamente, la inteligencia emocional aumenta, lo mismo que la capacidad intelectual. (2018, p. 153)

Es decir, a la hora de educar, el rendimiento académico no puede ser la única variable ni mucho menos puede ser asumido como una característica ajena a la experiencia y la emocionalidad. Por eso, como maestros, como educadores especiales no debemos reducir el acto educativo a un eco limitado por “problemas” de determinado sujeto, pues eso es en pocas palabras lo opuesto a nuestra labor; sino por el contrario es nuestra tarea ver la individualidad, subjetividad y el conjunto del Ser de cada persona, el cual en su totalidad se convierte en una oportunidad efectiva y potencial para el aprendizaje; dado que empezamos a entender que en

cuanto al aprendizaje de las personas son muchos los factores que inciden y que la experiencia en el aula y la relación con los sujetos serán garantes de dicho proceso. En lo que a aprendizaje se refiere no hay verdades absolutas, porque, como bien es sabido, todos aprendemos de diferentes maneras aunque se presenten ciertas dificultades.

En esta relación entre aprendizaje, emociones e inteligencia y como en toda actividad humana el cerebro es el centro de procesamiento el cual involucra todo el cuerpo y el ser, ya que es la estación receptora de estímulos obtenidos en el ambiente y vía sensorial, es el encargado de “seleccionar, priorizar, procesar información, registrar, evocar, emitir respuestas motoras, consolidar capacidades, entre otras miles de funciones” (Pherez et ál. 2018, p. 153); entonces, como procesador acoge toda la información y realiza las conexiones necesarias entre lo recibido, lo que posee (capacidades, recuerdos, aprendizajes, etc.) y su facultad de respuesta, que puede ser física, química, hormonal, motora, emocional o de todo tipo. Por esto se entiende que las experiencias de vida, la posibilidad de interactuar, la nueva información, la percepción propia y del entorno trabajan en conjunto y están siempre inmersas en la emoción; de hecho, en varios estudios mencionados en los artículos consultados se ha logrado demostrar que los procesos emocionales son inseparables de los cognitivos y se concluye que “contextos emocionales positivos facilitan el aprendizaje y la memoria” (Pherez et ál. 2018, p. 155).

En concordancia con lo anterior, se puede decir que en el aula y en los procesos de enseñanza-aprendizaje no se puede dejar de lado la emoción; por el contrario, esta debería hacer un nuevo eco diferente a “problema”, un eco que nos lleve a reflexionar en torno a interrogantes como: ¿cómo se sienten mis estudiantes?, ¿las experiencias edu-

cativas propuestas en el aula les genera emoción?, ¿cómo transformo en oportunidades de aprendizaje la subjetividad de mis estudiantes? Esto resulta en la transformación del acto educativo porque no excluimos a aquel que se tarda un poco más en leer, a aquel que quizá por problemas en casa le cuesta concentrarse o al que tiene alguna discapacidad (en la infinidad de historias que encontraremos en el ejercicio); y es que como lo dicen los autores del artículo denominado en su idioma original “Learning Problems on Brain Disorders”, citando a Acero: “Los docentes deben eliminar las barreras de desigualdad, dando prioridad al trabajo grupal e individual que apoya el desarrollo de habilidades y cualidades en los estudiantes, optando por la inclusión, la participación y el aprendizaje individualizado” (Mero et ál. 2019, p. 10)

Para concluir, hay que destacar que sí es posible cambiar lo que conocemos como educación: transformando la forma en la que se enseña, descubriendo otras formas para usar la emoción como un gancho para el aprendizaje, entendiendo cómo se ejecuta en el cerebro y cómo podemos mejorar nuestras acciones pedagógicas para potenciar su funcionalidad. Esto es el equivalente a crear nuevos ecos dejando de lado las barreras de “cómo debería ser”, silenciando el eco de la palabra “problema”.

Referencias

- Hierro, J. (s.f.). *Poema Vida*. <https://www.poesi.as/jh49001.html>
- Mero Chávez, E. J., Delgado Pibaque, W. L., Mero Chávez, W. J. y López López, M. M. (2019). Learning Problems on Brain Disorders. *International Research Journal of Engineering, IT & Scientific Research*, 5(5), 8-15. <https://doi.org/10.21744/irjeis.v5n5.723>
- Pherez, G., Vargas, S. y Jerez, J. (2018). Neuroaprendizaje, una propuesta educativa: herramientas para mejorar la praxis del docente I. *Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 18(34), 149-166. <http://www.scielo.org.co/pdf/ccso/v18n34/1657-8953-ccso-18-34-00149.pdf>